

sostenedores; por boca de Varas, en la Cámara de Diputados, haciendo caer sobre sus cabezas la sangre que se había derramado.

Se había consumado la separación del partido pelucón del Gobierno; pero Montt, ciego con el poder y con la adulación de los suyos, no se imaginó jamás, según el dicho de Sotomayor, que los pelucones formasen alianza con los liberales para combatirlo y menos que ellos fueran los que estimulaban y fomentaban una revolución para derribarlo.

Procuramos que la indignación pública y el sentimiento liberal volviese a reflejarse en la prensa, y en este sentido publicamos *La Actualidad*, que ya había sido precedida de otro diario llamado *El País*; obra exclusivamente nuestra, y de la *Revista de Santiago*, donde en un artículo titulado *18 de Septiembre*, yo había concluído con estas frases: «En este diez y ocho no sabemos que cuenta rendiremos. La industria ha obtenido grandes triunfos, hasta poder presentarse satisfecha. Esfuerzos dignos de elogios se han hecho en favor de su engrandecimiento y empuje; pero al lado de esta brillante exposición, que el programa nacional puede contener, aun quedan muchos renglones en blanco que no hay con que llenar. En uno de ellos deberá encontrarse escrita la palabra *amnistía*, como elocuente testimonio de que en el corazón chileno no se albergan los odios más allá del tiempo de la lucha. En playa lejana aun hay chilenos que no pueden en la patria celebrar el día de la patria».

«18 de Septiembre nosotros te saludamos.»

«Amigos sinceros de la prosperidad de la República hacemos votos porque la libertad y la concordia siempre sean los guías que nos conduzcan» (*Revista de Santiago* del 15 de Septiembre de 1855). *La Actualidad* fué redactada por Ramón Sotomayor Valdés, sin perjuicio de que todos nosotros metiésemos la mano en ella. Un francés cuyo nombre no recuerdo, era el editor. Pero los que inmediatamente atendían el diario eran Rafael Vial y Diego Barros, especialmente este último que se había hecho cargo de la *guerrilla*, y que contribuía a los gastos de impresión con no pocos pesos. Cada semana era un apuro para nosotros. Como diario de partido y no de especulación, su administración desarreglada nos obligaba a hacer penosos desembolsos. Los pelucones ayudaban por conducto de don Pedro Barros; pero, en estricta verdad, el partido liberal era el que verdaderamente sostenía *La Actualidad*.

La prensa, las reuniones frecuentes, la organización de una junta, la constante comunicación con las provincias y la proximidad de las elecciones habían encendido de tal manera el espíritu público, que el Gobierno se encontró, cuando menos lo pensaba, con una poderosa oposición al frente, compuesta de elementos heterogéneos hasta entonces, es cierto, pero ostensible y verdaderamente unidos en el propósito de mantener a raya el Gobierno y de luchar con él en el campo electoral, aunque no se ignoraba que la lucha iba a ser desesperada. Hasta entonces no se pensaba en la revolución.

Aunque los partidos pelucón y liberal marchaban unidos, la unión no tenía más vínculo que el que las circunstancias le imponían. No había pacto, no había avenencia, y a decir verdad, nosotros temíamos procurar a una franca inteligencia, porque nos parecía que el término final podía ser el más completo desacuerdo.

Estábamos decididos a no rendir nuestra bandera, en la que habíamos escrito *reforma constitucional*, aun cuando los pelucones tomasen la huída. Para nosotros, los excesos del poder de que era víctima el país, la nulidad política de los partidos, la ausencia de toda garantía individual, la institución de este soberano, llamado Presidente, que lo absorbía todo y dominaba todo, tenía su fundamento en la Constitución de 1833, elaborada en medio de la algazara victoriosa de los pelucones y bajo la influencia de un carácter atrevido, como el de Portales. La Constitución de 1833, no había querido ni creído basar el orden público en la armonía de todos los intereses sociales y en el respeto de los derechos individuales, sino en las omnímodas facultades concedidas al Presidente de la República, de manera que su acción y su autoridad se sintiesen en todas partes.

Para los pelucones esta constitución era un objeto de veneración, a cuyo imperio, aun cuando rara vez hubiere estado vigente, atribuían el progreso y el desarrollo moral e intelectual del país. Nos parecía ruda cosa llegar a entendernos con aquellos sobre la base de la reforma, que para nosotros era capital.

Sin embargo, día llegó en que se nos provocó a un acuerdo, indicándonos que deberíamos concurrir a la Chacra Suberca-seaux donde, por razones de salud, se encontraba don Joaquín Tocornal.

En efecto, partieron en una tarde para aquel lugar don Rafael Larraín, don Francisco Ignacio Ossa y don Ramón Subercaseaux como pelucones y don Federico Errázuriz, don Custodio Gallo y don Domingo Santa María como liberales.

Tocornal esperaba.

Una vez reunidos, y después de cambiadas algunas frases generales, comenzó el embarazo, para nosotros mayor, confieso la verdad. Tocornal era un viejo *ladino*, como dicen nuestros huasos, versado en las intrigas políticas, diestro y resuelto, como lo era también, lo diré de paso, don Ramón de la Cava-reda, que pedía más tarde cualquier puesto para combatir a Montt.

Tocornal rompió el fuego preguntándonos qué opinábamos acerca de la situación.

Y discuriendo sobre ella indicamos que la reforma constitucional era para nosotros indispensable, porque atribuíamos a la Constitución, que obedecía a un sistema político tan tirante; sistema que se hacía más odioso cuanto más impunemente podía abusarse de él, las convulsiones que agitaban al país y el malestar que traía a los partidos exasperados de ordinario, puesto que estaban convencidos que no era posible alcanzar jamás triunfo alguno en el terreno legal.

Esta reforma, continuamos, puede ser mortificante para Uds. especialmente para el señor Tocornal, que puede tener a la Constitución un cariño filial, pero es la verdad que si ella pudo servir al objeto que se tuvo en mira cuando se dictó, en el día, por no reflejar el verdadero interés político y social del país y por mantener una situación de que ya se ha salido, es origen de las perturbaciones que presenciamos y de los abusos de que somos víctimas, sin que halla correctivo alguno que oponer a un Gobierno, en estos casos, dentro de la Constitución misma.

Tocornal no hizo esperar su contestación. Fué tal como se la voy a transcribir a Ud., palabra por palabra; y la conservo viva y escrita porque a todos nos llamó la atención.

Es verdad que tomé parte activa en la preparación de la Constitución y que yo fui quien la promulgué. Natural es que le tenga cariño, pero no tanto que le desconozca sus defectos y la necesidad que hay de reformarla. Nunca creímos que la Cons-

titución durase tanto tiempo, porque las Constituciones, más que otras leyes, deben reformarse, según que el país se ilustra y avanza.

En esta parte estamos entendidos.

Pero hay un artículo en la Constitución que no debemos ni podemos tocar: el artículo quinto, el que consagra que la religión católica debe ser la religión del Estado y prohíbe la libertad de cultos. Este artículo no se toca, porque en materia religiosa no hay reforma.

Tampoco nosotros hicimos aguardar la respuesta.

Queda aceptada la reforma constitucional, y no será materia de divergencia la excepción que hace el señor Tocornal. Unos y otros somos impotentes para impedir o precipitar la reforma del artículo quinto, una vez que el país sienta la necesidad de la tolerancia religiosa o la resista por no creerla necesaria. El mismo señor Tocornal, siendo Ministro, tuvo que disimular la edificación de un templo protestante en Valparaíso; y hoy no se toleran templos únicamente en Valparaíso, sino en otros puntos de la República. El artículo quinto ha sido impotente para impedir la consagración del hecho.

Pero no hay culto público, interrumpió el señor Tocornal.

Es verdad en cuanto a la palabra, pero en cuanto al hecho todo el mundo sabe en Valparaíso donde se reúnen y para qué se reúnen los protestantes. La reforma del artículo quinto quedará aplazada para la Constituyente. Ella interpretando el sentimiento del país, sabrá hasta dónde debe o no debe respetar dicho artículo.

Quedó consagrada en esa noche la alianza de los dos partidos. Al retirarnos, el señor Tocornal me dijo riéndose estas palabras que también nos hicieron reír a nosotros:

—Que Manuel Antonio (su hijo Manuel Antonio Tocornal, a quien el padre aventajaba mucho en carácter y en caviliosidad, aunque no en ilustración) no sepa nada de esto, porque es furioso partidario de la Constitución.

Unidos los partidos nos preparamos y emprendimos la contienda electoral, en la cual obtuvimos doce diputados, a pesar de los enormes abusos que cometió el Gobierno para derrotarnos.

En Santiago triunfamos el primer día y gastamos treinta y

cinco mil pesos, sucediendo que contribuimos tanto pelucones, como liberales. Yo, que formaba entonces mi fortuna en mi escritorio de abogado, trabajando hasta las tres de la mañana contribuí con tres mil pesos, como contribuyeron con mayores o iguales sumas don Bernardo Solar, don Bruno Larraín, don Federico Errázuriz, don Alvaro Covarrubias, don Marcial González, don Luis Ovalle, don Diego Barros y tantos otros que sería largo enumerar.

¿Hicimos mal en formar esta alianza, en la que no habíamos sacrificado el primero y más brillante color de nuestra bandera política? Lastarria me ha reprochado muchas veces esta alianza, considerándola como la fuente de algunos de nuestros posteriores desaciertos; pero yo tengo la convicción íntima de que entonces hicimos lo único que era posible y debido hacer, y si más tarde no recogimos el fruto que era de esperarse, la culpa no ha sido de la Alianza de 1858, sino de nuestros propios extravíos y, doloroso es decirlo, de nuestras incalificables veleidades y de tristes y menguadas rencillas. Esa alianza preparaba, como preparó, el advenimiento del partido liberal al poder, esa alianza nos dió el triunfo electoral de 1864; pero si los hombres que entonces quedaron al frente de los negocios públicos torcieron el rumbo de la nave y no llegaron con la misma audacia que se había comenzado al deseado puerto, bien sabido es a qué móviles y propósitos obedecieron, móviles y propósitos que han sido el primer origen de la lastimosa situación en que hoy se encuentra el partido liberal.